



El deporte femenino, ese gran desconocido

Editora: Begoña Marugán Pintos

uc3m

Universidad **Carlos III** de Madrid

Vicerrectorado de Política Científica

Instituto de Estudios de Género

El deporte femenino, ese gran desconocido

El deporte femenino, ese gran desconocido

Begoña Marugán Pintos (ed.)

Fotocomposición y maquetación: Clara Sainz de Baranda Andújar

Instituto de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid. 2019



Creative Commons Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Edición electrónica disponible en internet en e-Archivo:

<http://hdl.handle.net/10016/28386>

ISBN: 978-84-16829-39-2

La responsabilidad de las opiniones emitidas en este documento corresponde exclusivamente de los/as autores/as. El Instituto Universitario de Estudios de Género de la Universidad Carlos III de Madrid no se identifica necesariamente con sus opiniones. Instituto Universitario de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid. 2019

ÍNDICE

PRÓLOGO. - Begoña Marugán Pintos	7
I BLOQUE. APROXIMACIÓN AL DEPORTE FEMENINO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO	13
1. Actividad física, salud y mujer. - Sergio Marín García, Javier Martínez Ferreiro y Carlos Núñez Fernández	15
2. Vulnerabilidad e invisibilización del género en el deporte: un acercamiento a las relaciones en el contexto. -Marta Eulalia Blanco García	31
3. Análisis sociológico del deporte femenino. - Begoña Marugán Pintos.....	45
II BLOQUE. FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN EN EL DEPORTE FEMENINO	69
4. Igualdad de género en el deporte universitario: situación actual y actuaciones para el cambio. -María José Camacho Miñano, Maite Gómez López y Élide Alfaro	71
5. “Participación femenina en actividad física y deporte en la Universidad Carlos III de Madrid”. - Teresa Núñez Bernardos y Janeth Souto García	89
6. La asignatura pendiente: periodismo deportivo en internet. -Clara Sainz de Baranda Andújar	101
7. Entrenamiento específico para mujeres. - Alberto García Bataller	117
III BLOQUE. HABLAN LAS DEPORTISTAS	141
8. Una vida redonda. - Lucía Zumalacárregui Martínez	143
9. Enganchada al deporte. - Raquel Gallego Piñeiro.....	155
IV BLOQUE. ACTIVISMO Y ASOCIACIONISMO COMO ACCIÓN COLECTIVA.....	167
10. Las relaciones laborales en el deporte. - M^a José López González	169
11. Asociacionismo en el deporte. - Fe Robles Fernández	179
12. Asociación para Mujeres en el Deporte Profesional. - Mar Más	187

ENGANCHADA AL DEPORTE

ADDICTED TO SPORTS

RAQUEL GALLEGO PIÑERO
DOCTORANDA
UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID
ORCID 0000-0002-1155-4813

Resumen: El deporte ha jugado un papel importante en mi vida, siendo mi inspiración y mi guía. Sin él, nunca habría podido descubrir mi vocación o aprendido a luchar por aquello en lo que creo. Siempre he creído en los valores deportivos, los cuales reflejan igualdad, respeto, lealtad, compañerismo, esfuerzo, juego limpio y determinación. Sin embargo, a mis 35 años he llegado a la conclusión de que el deporte también puede ser discriminatorio.

Voy a presentarme, mi nombre es Raquel Gallego. Poseo dos licenciaturas, una en Periodismo y otra en Comunicación Audiovisual. Además, tengo dos másteres, uno de Periodismo en Radio y otro de Periodismo Deportivo. En la actualidad, estoy en la Universidad Carlos III de Madrid (UC3M) haciendo una tesis sobre ‘Los valores deportivos en los medios de comunicación’. He trabajado en la Cadena SER, AS, La Opinión de Murcia y COPE. Asimismo, puedo añadir que desde los 15 años he jugado al fútbol e incluso obtuve la licencia de árbitro en la Federación de Fútbol de la Región de Murcia. En este momento, juego en un equipo amateur y en la selección de fútbol de la UC3M.

Palabras clave: Deporte, mujer, valores deportivos, desigualdad, periodismo deportivo, futuro.

Abstract: The sport has played an important role in my life; it has been my inspiration and guide. I would have never discovered my vocation or learned how to fight for my believes without its presence. I have always believed in the values of sport, reflecting equality, respect, loyalty, companionship, effort, fair play and determination. However, at the age of 35 I have come to the fact that sport can also be discriminatory. Let me introduce myself, my name is Raquel Gallego. I possess two degrees, one in Journalism and the other in Audiovisual Communication. Furthermore, I have achieved two masters, one in Radio Journalism and the other in Sports Journalism. At the present, I am coursing a Doctorate in Universidad Carlos III de Madrid (UC3M), doing a thesis on ‘Sports values in the means of communication’. I have worked in Cadena SER, AS, La Opinión de Murcia and COPE. I may also add that I have practiced football since the age of 15 as well as obtaining the referee licence in the Regional Football Federation of Murcia. At the moment, I am in an amateur team and the UC3M team.

Keywords: Sport, women, sport values, sport journalism, future.

Sumario

1. Introducción – 2. El deporte como fuente de aprendizaje – 2.1. Aprovechando los valores deportivos para volver a caminar – 2.2. Las dos caras del fútbol – 2.3. Una sorpresa desagradable – 3. La maldición de los prejuicios – 4. El periodismo deportivo debe ser un motor de cambio – 5. Conclusión

1.

Soy lo que soy gracias al deporte. No me encontrarás en ninguna foto de una Olimpiada con la bandera de España al cuello, ni defendiendo los colores de mi Región en un torneo nacional o internacional, a pesar de que me hubiera encantado. Las circunstancias no me lo permitieron. No os preocupéis, poco a poco descubriréis por qué.

Mi nombre es Raquel Gallego y nací un año después del ‘Mundial de Naranjito’. Crecí con Oliver y Benji, Bola de Dan y Chicho Terremoto, entre otros dibujos animados donde el deporte siempre estaba presente. Cuando apenas medía un metro ya tenía claro a qué quería dedicarme el resto de mi vida.

Estaba viendo un partido de la Selección Española de Fútbol en el salón de mi casa, cuando España marcó un gol y salí corriendo por el pasillo mientras lo cantaba. Al llegar a la altura de la cocina vi a mi madre y le dije: “Mamá, ya sé qué quiero ser de mayor”. Mi madre me preguntó si quería ser futbolista y yo la miré y le contesté: “Bueno, sí, eso también, pero quiero ser la persona que está allí y cuenta lo que está viendo”. Mi madre me miró y con una sonrisa me dijo: “Ah, vale. Lo que quieres es ser periodista deportiva”. En ese momento me di cuenta de que acababa de descubrir una de mis vocaciones y tenía claro que nadie iba a impedirme cumplir ese sueño.

Ya desde el colegio, Educación Física era mi asignatura preferida. Mi profesor nos decía que el deporte nos hacía más fuertes. Nos explicaba los valores que iban unidos a la práctica deportiva, como el compañerismo, la igualdad, el trabajo, el respeto, la solidaridad y la superación personal. Comprendimos el significado de una palabra muy valiosa: equipo. Además, nos enseñó muchas disciplinas: fútbol, baloncesto, voleibol, atletismo e incluso béisbol.

En clase, todos jugábamos juntos. Daba igual si eras chica o chico, si tenías alguna discapacidad o no, absolutamente todos practicábamos deporte durante la hora que duraba la clase de Educación Física. El problema llegaba en el recreo. En esa media hora los chicos eran los reyes de la pista. Las chicas, por su parte, teníamos que quedarnos en el resto del patio -que era gigante, todo hay que decirlo- hablando, jugando a la comba, o lo que quisiéramos, siempre y cuando no pisáramos la cancha.

Me parecía súper injusto y un día se lo hice saber a mi profesor. Le dije que no entendía por qué nosotras no podíamos utilizar la pista. Me cabreeé tanto que cogí y le llamé machista. Ni siquiera sabía bien qué significaba esa palabra, pero ya la había oído en la tele y sabía que si una persona no otorgaba el mismo derecho que tenía un hombre a una mujer se le podía denominar así. Mi profesor me miró asombrado y me dijo que eso no era verdad. Que nunca una alumna le había dicho que quería jugar en ella y que los chicos siempre aprovechaban para practicar fútbol en esa media hora, pero que si de verdad queríamos usarla para hacer deporte se podía repartir por días.

Yo no entendía nada, ¿si en clase jugábamos todos juntos, por qué no hacerlo en el recreo? El profesor me dijo que vale, que habláramos con los compañeros. Y aunque al principio no les hizo mucha gracia al final descubrieron que había chicas que tocaban el balón mejor que muchos de ellos. Así que acabamos jugando todos juntos; y no solo a fútbol, sino también a vóley.

Ese día aprendí una gran lección: si no dices lo que piensas y pides aquello que crees que es justo, no puedes quejarte de no tenerlo. En el colegio, la pista solo la usaban los niños porque ninguna alumna se había atrevido a pedirla. En el momento en el que una la solicitó, el centro actuó rápidamente. Mi profesor, en realidad, no era machista, simplemente no se había percatado de que nosotras también queríamos jugar con el balón y no solo con el elástico o la comba.

2.1. Aprovechando los valores deportivos para volver a caminar

Mis mejores recuerdos, como para casi todos, son de mi infancia. Me pasaba todo el día en el colegio con mis amigos, y dependiendo de cuántos éramos lanzábamos unas canastas o jugábamos un partido de fútbol sala hasta que el conserje cerraba las puertas. Cuando eso ocurría nos íbamos debajo de mi casa. Poníamos un banco frente a otro y con una pelota de tenis seguíamos jugando.

Así fue hasta que, a los 13 años, cuando estaba cruzando un paso de cebra con mi bicicleta, una moto me atropelló. Me rompí la pelvis por tres zonas, la tibia y el peroné. Además, se me formó un coágulo en la cabeza. Los médicos estaban pendientes de él cada segundo, porque si se movía unos centímetros podía quedarme con una discapacidad tanto intelectual como física para toda la vida.

En el hospital, todo el servicio sanitario intentaba que yo estuviera cómoda y tranquila. Era muy joven, pero no me mandaban al área infantil, así que yo sabía que algo no andaba bien. No podía moverme y fue entonces cuando le pedí a uno de los médicos que me dijera qué pasaba. Me lo explicó todo. Me dijo que no sabía qué iba a ocurrir. No tenía claro si me iban a tener que meter en cualquier momento de urgencia en un quirófano, ni cómo iba a ser el proceso de recuperación. Solo podían esperar y ver cómo se iba resolviendo todo. Le miré y con una sonrisa le dije que no se preocupara, que todo iba a salir bien y que iba a volver a caminar, a subirme a los árboles y a jugar con mis amigos.

Los médicos le decían a mi madre que era muy positiva la forma en la que yo lo estaba afrontando todo. La realidad es que solo pensaba en salir y volver a jugar en el colegio. Eso era todo. Sin embargo, sabía que iba a tardar mucho en poder hacerlo. Era el momento de aplicar los valores que me había enseñado el deporte: esfuerzo, trabajo y constancia. En definitiva, luchar para lograr mi objetivo.

Mi recuperación fue muy larga. Estuve encamada, sin poder moverme, primero en el hospital y posteriormente en mi casa. Con un aparato en mi pierna izquierda y una escayola en la derecha, el tiempo iba pasando. Cuando al fin se soldaron los huesos comencé a ir todas las tardes al centro de rehabilitación. Allí hacía muchísimo ejercicio para recuperar toda la masa muscular que había perdido en ese tiempo. A pesar de que iba cogiendo la forma poco a poco, seguía sin poder andar. De hecho, los dos chicos que me recogían en la ambulancia me llevaban en brazos porque tenía completamente prohibido apoyarme sobre mis piernas.

Todos los días les preguntaba a los fisioterapeutas cuándo iba a poder hacer deporte. Y es que esa fue mi meta en todo momento. No pensaba en nada más. Ni en

chicos, ni en discotecas, ni en las cosas habituales de la adolescencia. En mi mente solo aparecía una imagen: el balón.

Al mes y medio de comenzar la rehabilitación fui a la consulta de mi traumatóloga y, tras hacerme un diagnóstico de rayos X, le dije que ya podía andar y que por favor me dejara levantarme de la silla de ruedas para demostrárselo. Miró a mi madre y le hizo una señal para que se pusiera detrás mía. Luego nos contó que ella estaba convencida de que en cuanto me levantara me iba a caer, ya que aún era ‘un saco de huesos’. Mi madre le hizo caso y la doctora, que estaba mirando la radiografía, dijo: “Venga va, levántate si quieres”. Recuerdo que me levanté súper feliz y fui andando hacia donde ella estaba. Al girarse me miró y me dijo: “Es imposible lo que estoy viendo”.

Por primera vez sentí miedo. No quería que me obligara a sentarme otra vez en la silla de ruedas. Le pedí que por favor me dejara caminar, que no quería usar muletas porque en el centro había conocido a un hombre que, cuando estaba casi recuperado, se resbaló con las suyas y volvió a romperse. La respuesta de la doctora fue lo que llevaba esperando desde el día que pisé el hospital: “No te preocupes, puedes irte andando, pero no fuerces. Solo anda tramos muy cortos, como para ir al baño, hasta que el fisio te diga que puedes andar con normalidad”. No sabía si reír o llorar. Me dejaba andar, pero aún no podía practicar deporte.

La reacción del director del centro de rehabilitación cuando me vio entrar por mi propio pie esa tarde es algo que jamás en la vida olvidaré. Estaba hablando por teléfono, y al verme se quedó en silencio y colgó. Vino hacia mí y me dijo que cómo era posible que estuviera ya andando, si aún no habíamos empezado la parte de la recuperación que se hace apoyándose sobre dos barras de madera. Le dije que daba igual el cómo, pero que me ayudara a terminar de recuperarme.

A las pocas semanas me dieron el alta y llegó el gran momento: volví al colegio con mi mejor amigo y nos pusimos a lanzar a canasta. Los siguientes días entraba siempre que podía al centro para jugar al frontón con la pared, e incluso me atreví a tirar a una de las porterías con el balón de fútbol. Le pedí entonces a mi madre que me comprara otra bicicleta y, con todo su pesar, me llevó a elegir una. Al fin lo había conseguido y el deporte volvía a ser el centro de mi vida.

Y lo hizo con más fuerza que nunca. Era como mi bomba de oxígeno. Además, me recordaba que era capaz de hacer lo que quisiera. Durante mi recuperación comprobé que era cierto eso de que los valores deportivos se podían aplicar al resto de cosas. Me refiero a algunos como la fuerza de voluntad, la tenacidad, el esfuerzo... los cuales estuvieron presentes durante toda mi recuperación.

Por eso creo que el deporte es algo que deberíamos practicar todos desde que somos muy pequeños y, en la medida de lo posible, no abandonarlo nunca. Te enseña muchas más cosas que las reglas de juego o la técnica para hacer un buen salto, lanzamiento o golpeo. Además, en edades tempranas lo ideal es hacerlo siempre en equipos mixtos, porque es la mejor manera de crear valores esenciales como la igualdad o el compañerismo.

De hecho, casi todos los amigos que me hice en el instituto fueron gracias al deporte. Me metí en el equipo femenino de fútbol sala e íbamos a jugar torneos junto al

resto de deportistas. Nos lo pasábamos en grande. Tanto que decidí buscar fuera del centro un club en el que poder competir.

2.2. Las dos caras del fútbol

Apenas había pasado algo más de dos años de mi accidente cuando ya estaba federada en un equipo en el que había chicas de diferentes edades. Mi entrenador era genial. Siempre nos decía que no dejáramos a nadie decirnos que jugábamos peor que los chicos, porque no era así. Él decía: “Los chicos y las chicas de vuestra edad tenéis más o menos las mismas capacidades. El problema es que vosotras no os dais cuenta y pensáis que ellos son mejores. Pero si os fijáis, la diferencia radica, sobre todo, en la experiencia. Si miráis a vuestro alrededor os encontraréis con chicos que juegan al fútbol desde que empezaron a andar y vosotras os incorporáis 10 años después. Por eso ellos pueden tener más técnica, pero no os preocupéis porque entrenando todo es posible”.

En aquel momento yo me reía y pensaba que era una forma de alentarnos. Hoy en día estoy completamente de acuerdo con su afirmación. He visto a niñas que se han entrenado desde muy pequeñas con niños en las bases de ElPozo Murcia y puedo decir con total seguridad que su técnica, con 13 o 14 años, es exactamente la misma. Es decir, la calidad no depende del género. De hecho, y aunque es cierto que la genética les permite a esa edad ser -aunque no siempre- más rápidos o fuertes, a la hora de dar un pase, de lanzar una falta, de parar un gol, de leer el juego... no hay diferencia alguna. Y a quien no me crea, le insto a que vaya a ver un entrenamiento en las instalaciones de ElPozo. Allí van a poder comprobar que la igualdad entre deportistas es ya una realidad en la mayoría de las edades. Bueno, al menos dentro del terreno de juego, porque otra cosa es lo que se vive fuera del campo. Lo digo por experiencia, ya que a lo largo de los años he tenido la mala suerte de vivir episodios de discriminación, tanto jugando a fútbol sala y fútbol, como arbitrando.

Cuando comencé a jugar federada, una de las primeras cosas de que me di cuenta era que los equipos masculinos tenían ventajas frente a los femeninos. Ellos jugaban en pabellón, nosotras en pista de cemento. La cantidad de indumentaria de los equipos masculinos era mayor y siempre de su talla. Nosotras teníamos una equipación para jugar y, como mucho, un chándal dos tallas grandes, cuando ellos contaban con patrocinadores, nosotras no le importábamos a nadie. Aún así, disfrutábamos tanto en el campo, que esas cosas eran lo de menos.

Jugué federada en fútbol sala hasta mi último año de instituto. Luego, por diversas circunstancias tuve que abandonarlo. Pero en mi destino estaba escrito que volvería a vestirme de corto y que vería con mis propios ojos cómo el tiempo no había cambiado demasiado la situación de las mujeres en el fútbol.

Fue en segundo de carrera. Trabajaba para el diario AS en Murcia cuando me tocó hacer una entrevista a un tal Juan Pedro Ruiz. Se trataba de un ex futbolista grana de la década de los 80 que había apostado por crear un club de fútbol femenino en Murcia. Sí, lo sé, en otras comunidades autónomas el fútbol femenino lleva mucho camino recorrido, pero en Murcia es relativamente joven.

Cuando hablé con ese ‘loco’ al que todos llamaban Ruiz y que quería cambiar todo pensé dos cosas: que grande es por querer darle a las mujeres la oportunidad de practicar el deporte que les gusta, y yo quiero formar parte de esa aventura. Así que le conté que siempre había querido jugar al fútbol, pero que como no había equipo en la ciudad, pues al final opté por el fútbol sala. Él me contestó que me acercara a hacer las pruebas. Cuando fui a darme cuenta ya estaba practicando el deporte que llevaba conmigo toda la vida: el fútbol 11.

Me encantaba entrenar con él porque no hacía comparación entre chicos y chicas. Es decir, tú veías el entrenamiento que hacíamos y era exactamente el mismo que podían realizar en el campo de al lado los chicos. Al frente del equipo estaban Ruiz y Antonio.

Los inicios fueron duros. Teníamos que poner nuestro coche para poder ir a jugar por toda la región. Pagábamos por la ropa, la ficha y la gasolina. Pero la idea era tan buena que ninguna quería bajarse del carro. Sabíamos que el devenir del fútbol femenino en nuestra ciudad dependía, en gran parte, de las que habíamos decidido embarcarnos en el proyecto. Y lo disfruté ¡Vaya si lo hice! Tanto en el Murcia Fémimas como en el Rayo Murcia.

A los campos venían pocos aficionados, pero todos eran muy respetuosos. No se escuchaban insultos y los colegiados, que al principio eran un poco blandos y ante un fallo nos intentaban corregir explicándonos qué habíamos hecho mal, fueron cada vez más duros a la hora de aplicar el reglamento. Algo que yo personalmente agradecí, porque significaba que ya nos trataban como profesionales.

Aunque, sin lugar a dudas, el día que me sentí una profesional de verdad fue cuando jugué en el Estadio de La Condomina. Fue con la elástica del Rayo Murcia, en el último partido de Liga. Había sido un año horrible con un equipo hecho a retales. Estábamos en la cola de la clasificación. Toda la temporada había sido una catástrofe, jugando en campos de tierra, los cuales se convertían en barrizales en días de lluvia. Eso sí, habíamos ido a todos los partidos con una sonrisa y con ganas de mejorar. No hacíamos prácticamente faltas y no abandonamos la liga, a pesar de que sabíamos que el siguiente año ese equipo iba a desaparecer.

Quería darles una alegría a las chicas -todas mucho más jóvenes que yo- por todo ese esfuerzo, y decidí escribir una carta al Concejal de Deportes pidiéndole que por favor nos dejara jugar en el campo que hasta entonces había sido el del Real Murcia. Para mi sorpresa, me contestó que sí. Y ahí estábamos, las jugadoras de los dos equipos que peores números habían cosechado a lo largo de la temporada, pero que habían demostrado amar este deporte por encima de todas las cosas, jugando en un estadio que había albergado partidos de Primera División.

Después de eso volví al Murcia Fémimas. Cada año más chicas se apuntaban. El Club estaba creciendo y yo estaba tremendamente feliz. Al fin Murcia tenía aquello que tantas mujeres habían añorado: un club femenino, con proyección y con unos grandes ideales.

En mi último año allí, la Federación de Fútbol de la Región de Murcia hizo una campaña de captación para colegiados. Nunca se me había pasado por la cabeza ser árbitro, pero una amiga me convenció y me apunté. La verdad es que me parecía fantástico que se hiciera una apuesta por la inclusión de la mujer a este deporte a través del arbitraje.

Cuando llegamos a clase todos eran hombres menos nosotras dos. ¿Lo bueno? Los compañeros nos trataban con total normalidad. Para ellos, éramos dos compañeras más que venían a aprender lo mismo para llegar a pitar en un futuro partidos en las diferentes categorías. Recuerdo sentirme realmente cómoda en cada sesión formativa.

Al terminar la parte teórica llegó la mejor parte, nos dieron la equipación para poder ir a arbitrar a niños. Mi ropa era enorme. Mi camiseta era más bien un camisón y el pantalón me llegaba a las rodillas. Definitivamente, no estaban preparados para nuestros tamaños. Pero bueno, iba a arbitrar mi primer partido y ataviada con esa ropa aparecí sobre el terreno de juego. El encuentro comenzó y no pasaron ni tres minutos cuando empecé a oír faltas de respeto hacia mi persona. Los primeros insultos eran los típicos que se podía escuchar en cualquier campo hacia los colegiados, pero a los quince minutos, y tras parar el encuentro para decirle a uno de los entrenadores que si volvía a incitar a la violencia a alguno de sus jugadores -le estaba diciendo a uno de los menores que si hacía falta diera una patada al adversario, pero que lo detuviera-, le expulsaría de inmediato, los insultos que comencé a escuchar estaban ligados al hecho de ser mujer. “Tendrías que estar en tu casa fregando”, “no sabes nada de fútbol, aunque es normal porque eres una tía” o “el fútbol es de hombres, no de marimachos”, fueron algunos de los comentarios que oí ese día.

También tengo que decir que hubo aficionados que me defendieron, algo que no todas las colegiadas de este país tienen la suerte de tener en los partidos que arbitran. Algunos me dijeron al acabar que se alegraban de ver a chicas pitando y que lo había hecho realmente bien. Así que ese encuentro me dejó un sabor agridulce.

2.3. Una sorpresa desagradable

Cuando vine a vivir a Madrid, no pedí la convalidación del carné de colegiada. No por nada, sino porque sabía que no iba a tener tiempo. De lunes a viernes estaba haciendo un Máster de Periodismo en Radio y otro de Periodismo Deportivo, y los fines de semana me bajaba a Murcia a trabajar en el periódico. Así que el fútbol estuvo en un paréntesis.

En mi segundo año en Madrid me subía por las paredes. Estaba en una ciudad que no era la mía y, aunque por un lado era la mujer más feliz del mundo por hacer las prácticas con los profesionales con los que me enamoré de mi profesión y a los que escuchaba cada noche antes de irme a dormir; por otra parte, era infeliz. Me faltaba algo, al margen de la familia y los amigos. Un día mi pareja me dijo que por qué no buscaba un equipo de fútbol. Que si me había hecho tan feliz en el pasado, que si había elegido mi futuro teniendo en cuenta mi pasión por ese deporte, sería la mejor manera de sentirme bien. Y así fue.

Me enteré de que el Estudiantes de Alcorcón estaba buscando jugadoras para su equipo femenino y me apunté. Estaba nerviosa y tenía miedo porque daba por hecho que las jugadoras en Madrid iban a tener una calidad extraordinaria y que no llegaría a su nivel. Pero luego me dije a mi misma que no perdía nada. Cuando me calcé las botas y salté al césped todo volvió a tener sentido. Conocí a gente increíble y me volví a sentir futbolista. Era una sensación muy buena, hasta que empecé a ver el nivel del arbitraje en

el fútbol femenino en Madrid. Para mi sorpresa, dejaba mucho que desear. Algunos colegiados miraban por encima del hombro a las chicas y nos trataban como si fuéramos tontas y no supiéramos las reglas de juego. Yo no entendía nada.

Luego fiché por el Cantera, que me pillaba más cerca de casa y me permitía llegar al entrenamiento a mi hora. Era un equipo con chicas de diferentes edades, con una ilusión tremenda y mucho fútbol en sus botas. Pensé que, al cambiar de grupo, y con un poco de suerte, mejorarían los colegiados. La realidad es que eran aún peores. Si les decías algo, aunque fuera de buenas maneras, te miraban mal. En el césped ocurrían cosas inexplicables. En un partido, por ejemplo, varias jugadoras se pelearon y el árbitro se fue corriendo al vestuario, en lugar de intentar calmar los ánimos o tomar nota sobre lo que estaba ocurriendo y quién estaba participando en la riña. El partido se detuvo y al rato el colegiado dijo de retomarlo. La jugadora que había empezado todo no vio ni tarjeta y, por ende, no fue sancionada. En otro, sin embargo, al finalizar el encuentro fui a hablar con el árbitro para explicarle que se había equivocado y me cayó 5 partidos de suspensión. En toda mi carrera deportiva nunca había visto una tarjeta, ni siquiera amarilla, y de repente me sancionaron con cinco por decirle al colegiado que en Murcia no pitaría. Me sentía completamente desprotegida.

Al terminar la temporada dejé el fútbol. No podía seguir viendo el trato que recibíamos las chicas en una ciudad como Madrid, capital de España, con muchos años de fútbol femenino a sus espaldas, por parte de los colegiados, ni de algunos aficionados que nos increpaban desde las bandas o detrás de las porterías. Parecía que la normalización del juego por parte de las chicas al fútbol, conllevaba un retroceso por parte de algunos sectores de un deporte que es maravilloso, pero que a veces muestra su peor cara.

En pleno malestar por mi vivencia en el fútbol, una amiga me dijo que si quería jugar a fútbol sala. Hacia tanto que no practicaba esa disciplina que no sabía ni qué decir, pero me comentó que era una liga amateur y que estaba muy bien. Pensé: “Por qué no probar”. Así que le dije que sí y empecé a jugar en Las Ñutis 4.0. Es un equipo con chicas de diferentes puntos de España, cada una con un estilo muy diferente, que no siempre gana pero que logró devolverme esa ilusión y felicidad que sentía cuando comencé. El campo volvía a estar repleto de respeto, compañerismo e ilusión. La mayoría de los colegiados de fútbol sala del torneo que se juega en Fanjul intentan ser lo más profesionales posible y, lo más importante, se ponen en la piel de quienes estamos jugando.

Lo cierto es que, por mi experiencia, en fútbol sala las cosas son diferentes. Los colegiados suelen ser más cercanos, los aficionados más respetuosos y las jugadoras ponen más en práctica el conocido fair play. Aún así, siempre hay alguien que decide echar por tierra los valores deportivos. Eso es algo que pude comprobar en el equipo de la Universidad Carlos III de Madrid, donde juego mientras hago la Tesis Doctoral. Llevo dos años en la selección y, a pesar de llevarme más de quince años de diferencia con el resto de las jugadoras, el buen ambiente ha hecho que me sienta bien desde el primer momento.

Jugando con ellas he seguido viendo cosas que no me han gustado, como por ejemplo árbitros que menosprecian a las jugadoras. De hecho, una de mis compañeras

llamó la atención el año pasado a un colegiado por hablarnos mal. Le dijo que no nos puede faltar al respeto. Su reacción fue decirle que o se callaba o le sacaba tarjeta. Sinceramente, me dio la risa porque no podía creérmelo. La tarjeta se la deberían sacar a él los del Colegio de Árbitros. Pero claro, ¿dónde están los que les evalúan? En partidos masculinos sí he visto a alguno, en los femeninos tengo una teoría: o son muy buenos escondiéndose para que no les vean los que están pitando en la pista, o es que no vienen. Total, es un partido de chicas, y encima no son de Primera, así que para qué ir. Es una verdadera pena.

3. LA MALDICIÓN DE LOS PREJUICIOS

Da pena ver cómo según vamos creciendo las mujeres dejamos de practicar deporte. Es increíble. Cuando somos pequeños es raro ver a una niña que no esté corriendo, saltando y dando golpes a una pelota. Si paseas por un parque, te encuentras con muchas de ellas jugando con otros niños al balón. En las clases de Educación Física, todos participamos. Pero llega una edad en la que, de repente, es como si se nos tragara la tierra.

No sé si es porque pensamos que no somos suficientemente buenas; si es porque nos han enseñado que nosotras tenemos que dedicar todo nuestro tiempo a estudiar; porque creemos que nos van a llover las críticas, o si es por miedo al ridículo. La cuestión es que llega un momento en el que ver a una chica practicando deporte, sobre todo de equipo, es una odisea.

Y no, lo siento pero no exagero. En Murcia he jugado en campeonatos, como el de las peñas del Real Murcia, siendo la única chica del torneo, a pesar de que en las diferentes agrupaciones hay multitud de mujeres a las que les apasiona este deporte. En Elche, donde los propios chicos te animan a jugar cuando te ven sentada en las gradas de la ciudad deportiva, he practicado baloncesto sin ser precisamente mi disciplina y con hombres que además me sacaban más de medio metro, mientras mujeres que venían con su balón para practicar unos tiros se quedaban mirando en lugar de saltar a la cancha.

El miedo nos bloquea y lo hace una y otra vez. Las universidades intentan animarnos a volver a ser deportistas, pero nuestra respuesta es un “es que no puedo”, “no tengo tiempo”, “nunca lo he hecho”, “la última vez iba al colegio” ... siempre excusas y más excusas.

Claro que tal vez si los centros educativos dieran becas por jugar, como sucede en EEUU, el número de participantes se incrementaría. Mientras tanto, la realidad es que a veces cuesta horrores sacar adelante un equipo de fútbol sala, de baloncesto o de vóley, entre otros deportes. Y sorprende, al menos a mí, que eso suceda en un lugar donde hay miles de estudiantes jóvenes y que son deportes en los que ya se puede competir a partir de cinco o seis jugadoras. ¿De verdad en una universidad con varias facultades y con miles de estudiantes no hay cinco, seis o siete alumnas a las que les guste estas disciplinas? Lo siento, pero no me lo creo.

4. EL PERIODISMO DEPORTIVO DEBE SER UN MOTOR DE CAMBIO

Como tampoco he creído nunca a algunos directores de medios de comunicación, los cuales se escudan en que el deporte femenino no vende, para no dar espacio a las deportistas en sus páginas o programas radiofónicos y televisivos.

Soy periodista deportiva y sé de buena mano que son muchos los compañeros, tanto hombres como mujeres, que desean con fuerza poder hablar de los logros de las chicas. Algunos han conseguido convencer a sus jefes y de vez en cuando les permiten escribir sobre ello; otros, sin embargo, siguen recibiendo negativas por parte de quienes tienen la última palabra. Pero la sociedad está para levantar la voz. No deberíamos ser simples corderos que consumimos aquello que deciden unos empresarios -algunos de ellos, personas a los que el deporte ni siquiera les importa-.

Los medios españoles pasaron de llenar periódicos enteros con el boxeo o el ciclismo, a abandonar a estas disciplinas cuando decidieron apostar por el fútbol ¿El resultado? Las personas dejaron de hablar sobre combates y épicas etapas de montaña para debatir únicamente sobre si es o no gol.

Los medios tienen el poder de informar, formar y entretener y son ellos los que deciden qué te ofrecen. No somos los y las lectoras, ni siquiera las y los periodistas deportivos, sino los directivos quienes eligen qué sale y cuánto espacio ocupa. Si ellos apostaran por el deporte femenino, lo acabaríamos consumiendo con total normalidad y eso provocaría que la sociedad cambiara a mejor. Se lograría así que no existieran deportes de chicos o de chicas, sino simplemente deportes.

Las niñas, jóvenes y deportistas de élite que con esfuerzo y constancia se han convertido en Campeonas del Mundo; que han llegado a romper barreras compitiendo en disciplinas en las que nunca antes habían participado; que han hecho grande un deporte hasta entonces desconocido para muchos de nosotros; que han provocado que nuestro himno suene en todos los lugares del planeta, ya han hecho su trabajo. Ahora, los medios, tienen que hacer el suyo.

Sé que poco a poco lo están haciendo. Les ha costado, pero han entendido que si Carolina Marín o Mireia Belmonte ganan un Mundial tienen que ser portada. El problema es que el resto del tiempo no tienen cabida en los medios. Solo sabemos algo de las deportistas españolas cuando ganan un oro o un campeonato del mundo. O bueno, vamos a ser sinceros, a veces abres un diario y encuentras alguna información sobre ellas. Eso sí, o hay financiación de por medio -véase el caso de la Liga Iberdrola- o es realmente difícil.

5. CONCLUSIÓN

No concibo una vida sin deporte. He jugado federada en fútbol sala y en fútbol durante muchísimo tiempo. También he practicado otras disciplinas, como baloncesto, tenis y natación. Además, he probado el vóley, el balonmano, el béisbol, la escalada, el paddleboard, la vela, el piragüismo, el tenis de mesa, el hockey patines, el atletismo y hasta el rugby.

Cuando era una niña estaba “enganchada” a prácticamente todos los deportes. Cuando no estaba jugando en la calle, me pasaba horas viendo gimnasia rítmica, patinaje

sobre hielo, partidos de baloncesto, de fútbol sala o de fútbol. Daba igual la hora que fuera. Si el campeonato sudamericano era de madrugada, yo me despertaba y veía el partido entre Argentina y Paraguay. Si tenía que despertarme un domingo a primera hora para ver ganar a Doohan en Motociclismo o a Schumacher en Fórmula 1, ponía mi alarma y nada más sonar encendía la televisión y ahí estaba, delante de la pantalla viendo la carrera como también después de comer con el Tour. Ni que decir tienen los Juegos Olímpicos. Cada cuatro años estaba pendiente, y lo sigo estando - hasta de las jornadas de tiro- y mi piel se erizaba cuando sonaba el himno español. TVE y La2 eran mis cadenas preferidas.

A lo largo de mi vida, he tenido la suerte de ver cómo las deportistas se han convertido en estrellas seguidas por niñas y niños, como el caso del pequeño que le pidió por Navidad a su madre la camiseta del Betis con el dorsal 8 y el nombre de Irene G a la espalda¹. Algo que hubiera sido prácticamente imposible años atrás. En mi caso, por ejemplo, casi todos mis ídolos eran hombres, porque las mujeres eran aún más invisibles que hoy día.

Seguramente por eso, porque las deportistas están demostrando que el deporte no entiende de género y que ellas son tan válidas como los hombres, no entiendo que sólo el 22,3% de las fichas federativas correspondan a mujeres².

En realidad, yo creo que el problema está en la sociedad. Nos inculcaron durante décadas que no tenemos el mismo potencial que un chico de cara a una carrera deportiva y que debemos dedicarnos a estudiar, a trabajar y a formar una familia. Nos dice qué disciplina es la que podemos hacer, porque es precisamente la sociedad quien marca si un deporte es de chicos o de chicas. Nos deja claro, además, que el deporte para nosotras sí, pero como hobby.

Muchos padres apoyan a sus hijas para que practiquen alguna disciplina, pero solo cuando son pequeñas porque en realidad no ven una salida profesional y a partir de cierta edad prefieren que abandonen el deporte porque les preocupa más que estudien. Tienen miedo a que su formación académica se vea afectada por el deporte. Todo ello a pesar de que las deportistas españolas han demostrado que se puede compaginar perfectamente una carrera deportiva con la universitaria. De hecho, la mayoría de las deportistas profesionales tienen títulos de estudios superiores y se han convertido, por ende, en todo un ejemplo.

Y, sin embargo, según crecemos dejamos de lado el deporte. Tal vez si, como ya he dicho anteriormente, existieran becas deportivas las cosas cambiarían. EEUU es una de las potencias en deporte. Solo hay que ver sus números en los Juegos Olímpicos. Su estrategia es clara: si eres deportista, las universidades te forman sin pagar nada a cambio.

¹ Cuatro (2019). El regalo de este niño se hizo viral, pidió la camiseta del Betis con el nombre de Irene Guerrero. Recuperado en https://www.cuatro.com/deportes/Nino-pide-regalo-irene-guerrero-camiseta_2_2688030123.html [Accedido el 9 de enero de 2019].

² Instituto Nacional de Estadística (2015). Encuesta de Hábitos Deportivos en España. Recuperado en http://www.culturaydeporte.gob.es/servicios-al-ciudadano-mecd/dms/mecd/servicios-al-ciudadano-mecd/estadisticas/deporte/anuario-deporte/AED-2018/Graficos_Anuario_de_Estadisticas_Deportivas_2018/Graficos_Anuario_de_Estadisticas_Deportivas_2018.pdf [Accedido el 18 de enero de 2019].

Los medios también tienen la oportunidad de cambiar el presente y, sobre todo, el futuro de las deportistas. Dándoles más visibilidad romperían estereotipos y provocarían, no solo que se incrementaran las fichas federativas, sino que los patrocinadores invirtieran en ellas, evitando así que tengan que irse a otros países para poder triunfar.

Ahora se van a Alemania, Canadá, EEUU, Suiza y otros países donde por su idiosincrasia se apoya más el deporte femenino. Fuera de nuestras fronteras, saben que pueden encontrar un futuro ligado a la disciplina deportiva que practican, percibiendo una cantidad de dinero muy superior a la que pueden llegar a ganar aquí.

Las deportistas de élite no paran de romper moldes, de cosechar títulos, de demostrar que han llegado para quedarse. Ahora solo falta que todos lo vean, que las niñas se atrevan a gritar que ellas también quieren seguir ese camino y que los adultos le demos una oportunidad.

Haciendo deporte todas las mujeres, los que vienen por detrás lo verán con normalidad y seguirán nuestros pasos. No hace falta ser Ruth Beitia, Lidia Valentín, Ona Carbonell, Laia Sanz, Amaya Valdemoro, Laia Sanz, Gisela Pulido, Alba Torrens o Vero Boquete.

Cada una de nosotras puede poner un granito de arena para el cambio. Solo hace falta que nos demos cuenta.